

Madrid, 10 de abril de 1931.
Precio: 15 céntimos.



RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE
JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

A LAS URNAS, CIUDADANOS

Los que no podemos votar

En estos momentos de gran trascendencia, porque de ellos va a salir una España nueva, conviene que los que no tenemos voto hagamos sonar de una manera clara nuestra voz, para que nadie se llame a engaño y no pueda tomarse nuestro silencio como aprobación de lo que el país unánime repudia. Estas elecciones que mañana se celebran no van a mostrar claramente cuál es la voluntad de país. Primero, porque se van a hacer con un censo amañado por serviles del rey. Después, porque la juventud no se va a poder manifestar en ellas. Y hay que tener en cuenta que, en estos momentos de la vida española, la juventud juega un papel importante y hasta decisivo. Sería demencia desatender su grito y oponerse a sus anhelos.

Nosotros, los que no votamos, queremos que nuestro grito sea oído por los que tuvieron la fortuna de que el amañado gubernamental no hurtara su voto. Los que no podemos manifestarnos en las urnas deseamos ser oídos por los que van a manifestarse. Y deseamos que se fijen en que nosotros somos los que mañana vamos a votar y a dirigir, por tanto, indirectamente el país. Las juventudes españolas se hallan asqueadas no de la política, que en España aún no se practicó en toda su pureza, sino de los políticos que nos gobernaron, profesionales de la inmoralidad, que hicieron del Poder granjería y concluyeron una legalidad establecida por ellos mismos. Las juventudes españolas, que, casi en la infancia, vieron cómo sus mayores caían en los campos de África, sienten una profunda indignación al observar encaramados en las alturas del Poder a los generales responsables de esas muertes. Los jóvenes se han cansado de que los héroes directores de la fuerza pública tomen el país por un aduar marroquí y a los ciudadanos españoles por moros rebeldes. Los jóvenes no pueden tolerar por un momento más que un rey absoluto piense que España es una de aquellas colonias que se perdieron en América bajo la regencia de la reina Cristina, en las que los militares cometían cuantos desmanes les venía en gana.

Que oigan bien nuestro grito los que van a votar. Que mediten profundamente antes de echar la papeleta en las urnas. Que piensen que van a votar un régimen de derecho o la prolongación de la tiranía. Los jóvenes no queremos más tiranías, no queremos más reyes, no queremos más militares fracasados, no queremos políticos inmorales. Deseamos honradez, pulcritud, moralidad en la dirección del país. Esas cualidades no podemos encontrarlas en la monarquía. Reflexionen los que voten. Porque el día de mañana votaremos nosotros. Y exigiremos responsabilidades a esas generaciones que no han tenido arranque para restablecer el honor y la libertad. Y las señalaremos con desprecio si en esta hora trágica, al jugarse nuestro destino, no saben ponerse a la altura de las circunstancias votando la candidatura republicanosocialista.

Tomen buena nota. Los jóvenes no podemos manifestarnos en las urnas; pero en una revolución seríamos la vanguardia que los arrollaría.

Santiago CARRILLO

- Por la libertad del pueblo a regirse por sí mismo.
- Por la libertad de todos los presos y perseguidos por el régimen.
- Por el enjuiciamiento de los responsables de la guerra de Marruecos.
- Por el enjuiciamiento de los prevaricadores de la Hacienda.
- Por la desaparición de la ley de Jurisdicciones.
- Por la derogación del Código de la dictadura.
- Por la destrucción del caciquismo burgués; y
- Por LA REVOLUCION.

- Contra la miseria del proletariado.
- Contra el impuesto sobre los salarios.
- Contra el paro forzoso.
- Contra la rebaja de salarios.
- Contra el aumento de la jornada.
- Contra el militarismo y el clericalismo.
- Contra la guerra de Marruecos.
- Contra el capitalismo.
- Contra la burguesía.
- Contra el régimen; y
- Contra LA MONARQUÍA.

Frente a otra dictadura

Hora crítica la que atravesamos. En las alturas del Poder un régimen espera anhelante el resultado de las elecciones que se celebrarán mañana. Del resultado de éstas depende la prolongación de su vida. Si el mañana consigue fabricar mayoría monárquica, habrá monarquía hasta que la revolución la arraste. Si, por el contrario, el régimen no obtiene esa mayoría, la monarquía habrá caído sin que se llegue a la revolución. Claro es que esto de que la monarquía caiga sin revolución tiene todo el aspecto de una paradoja. La arcaica institución se ha pegado como una lapa a España, pregonando una consubstancialidad inexistente, y no está dispuesta a abandonar el país sin ver antes como el pueblo va desangrándose en las calles. De ahí que las reuniones militares de estos días hayan llevado posible dictadura.

Porque la tragedia de España ha sido siempre ésta. Hemos tenido, salvo raros casos (tal el de Prim), unos militares que preferían las artes de la política a las de la guerra. Cuando veían un regimiento enemigo se aterrorizaban y huían. Pero gobernando al país no tenían a nadie, y el heroísmo de que carecían en campaña se manifestaba pujante cuando se trataba de disolver una manifestación. La gran tragedia de España han sido los militares políticos. Y el régimen quiere perpetuar esa tragedia. Quiere seguir humillando al país. Es la demencia de un monarca que, habiendo sido absoluto siempre, se desespera ante la posibilidad de que el pueblo prescindiera de él, para gobernarse democráticamente. Es la demencia de quien no quiere abandonar una posición más que por la fuerza, por mucha que sea su debilidad.

Esos conciliábulos de militares de alta graduación son una amenaza para la seguridad del país, y en un régimen de derecho no se permitirían. ¿Por que los consiente el Gobierno? Si en ellos se hubiera tratado de una manobra de acabar con la tiranía, ya estarían las fortalezas militares repletas. Cuando no lo están, es que esas reuniones tentan móviles distintos. ¿Cuáles? No los conocemos. Se ha dicho que en ellas se trató de unas maniobras de campaña. Maniobras serían, no lo dudamos. Pero seguramente políticas. Nuestros militares no saben nada de estrategia; no valen para dirigir un ejército. Sirven para desgovernar el país. Hasta ahora no han hecho, al menos, otra cosa. Si lo que han fabricado en esas reuniones es una dictadura para sí en las elecciones triunfan las izquierdas, sépalo el Gobierno, sépalo el rey tirano: ésta será la señal para que el pueblo llegue hasta las gradas del trono y rompa con sus cadenas la real corona.

Porque hemos llegado a un estado tal de excitación, se encuentra España tan cansada de los manejos del régimen, que una dictadura sería la revolución. Piense bien «el» que pueda traerla que una nueva dictadura sería la señal de la revolución. De una revolución, no ya política, sino proletaria. Puesto que hasta los mismos campesinos enarbolaban los aperos de la branza para romperlos encima de los viejos caciques.

El general Mola sigue en la Dirección general de Seguridad. Influencias extrañas se retienen en ella. Al parecer, el Gobierno aprueba la gestión de la fuerza pública en los sucesos de San Carlos.

*Y si no la aprueba el Gobierno, la aprueba Gutiérrez, y ¡basta!
¡Viva la Constitución!*

¿Fascismo? ¿También eso? Este Gutiérrez es incansable.

Y D. Francisco Cambó, tan incansable como él.

Ya tenemos para España un Mussolini. Pero un «Mussolini-Pamplinas».

Goicoechea anda discursando por ahí, en los mítines monárquicos, hablando de la tragedia del comunismo.

Antes, el coco de moda fue el «Tío Camuñas».

Ahora, el coco es el comunismo. Las damas aristocráticas adormecen a sus niños diciéndoles: «¿Te duermes, o llamo al comunismo?»

Y, por lo visto, el Sr. Goicoechea, para hablar libremente, necesita que el auditorio se duerma.

Vemos en un periódico que Oscar Pérez Solís va a hablar en un mitin monárquico, en Salamanca.

Oscar Pérez Solís fue socialista y comunista. Algo parecido a García Cortés. Pero encontró su camino de Damasco.

¡Así terminan todos los radicales de opereta!

Uno de estos días pasados se ha dicho que Franco y Queipo de Llano habían entrado en España. Como es natural, la noticia asustó a Gutiérrez, quien ordenó a su subordinado Mola que investigara lo que había de cierto.

Al fin, nada, claro... Pero Gutiérrez no les perdona el miedo que le han hecho pasar.

12 DE ABRIL



NUESTRA POSICION

Nuestro concepto de la revolución y nuestra aportación al episodio revolucionario del momento que vive España son distintos sin concepto genérico de los republicanos, porque nosotros no aspiramos tan sólo a un cambio de régimen político, sino también económico, y lo que es para ellos el fin, para nosotros es simplemente el comienzo de una era revolucionaria hasta que el proletariado logre su completa emancipación.

Los socialistas tenemos más interés que nadie en que desaparezca la monarquía, porque la monarquía, tal como desenvuelve su política, es un gran obstáculo para el desarrollo del Socialismo en nuestro país, y porque en las condiciones en que desempeña las funciones políticas el Estado no hay modo de renovar la vida nacional, ni la cultura política, ni la instrucción del pueblo.

Tenemos que prepararnos no sólo para traer la República, sino también para conservarla. No olvidéis que en periodos semejantes hubo otra República, y que también en aquella época de descomposición del régimen vinieron al republicanismo muchos hombres de la monarquía, que luego enterraron la República, y esto hay que evitarlo. Los trabajadores influiremos en ello, y además para que la República se oriente en sentido socialista, porque ayudaremos al esfuerzo de redención política del país; pero no se puede pedir a los trabajadores que se sacrifiquen en aras de un simple principio político, y hay que capacitar a la República para que dé solución a nuestros problemas y a nuestras aspiraciones económicas.

Manuel CORDERO

La bandera roja de nuestra rebeldía es del color de la sangre vertida por la monarquía.



cosas de la tierra

Una de las mayores injusticias que el régimen capitalista mantiene en España es la de permitir que los grandes terratenientes hagan mal uso de las enormes extensiones de terreno que disfrutan, sin que un nuevo derecho les obligue a ceder a los muchos agricultores que, siendo pequeños propietarios u obreros, les falta tierra para trabajar y producir.

Una minoría de vecinos, de esos vecinos que en su vida no produjeron, no ya lo mucho que derrocharon, sino ni siquiera lo que consumen, y que a sí mismos se llaman aristócratas (¿de qué?), conservan, al amparo de un derecho que ellos mismos se crearon en virtud de una legislación por ellos promulgada en combinación con sus lacayos, conservan, repetimos, con el irritante mote de amos, la mayor parte de la superficie de la tierra española. Ellos son los dueños, los amos, con otra porción de plutócratas, de grandes, de enormes fincas que mantienen sin cultivar, sin roturar, para darse el gusto de ir a cazar los animales que cuidadosamente crían en ellas.

Esas familias de aristócratas y plutócratas, pocos, con relación al número de habitantes de nuestro suelo, en unión de los que dirigieron y dirigen la política de un régimen caduco, son la causa de que millones de seres que se dedican a la labranza de la tierra no dispongan del pan suficiente ni para atender a los pequeños que vinieron al mundo en casas inhabitables, pequeñas, anti-higiénicas, más bien inmundas.

Los agricultores españoles, que forman legión, no comen, no visten, no reciben instrucción, y carecen de tierra donde poder trabajar y producir riqueza que les permita vivir y que beneficie al país en general.

Así no se puede ni se debe seguir. Hay que ir al campo, jóvenes socialistas, a conocer la miseria en que

viven nuestros hermanos los obreros de la tierra, para protestar primero de la crueldad que con ellos comete el régimen capitalista, y a decirles que se pongan en pie y comiencen a andar el camino de su liberación, que es el del Socialismo; que se organicen, que formen potentes Sociedades de clase para acabar cuanto antes con ese ser repulsivo y malvado que es el cacique; con ese ser sin sensibilidad y sin escrúpulos, que engorda, como cualquier ejemplar de la raza porcina, entre basura y revolcándose en el lodo; ese ser canallesco que tan bien sirve a su amo a cambio de que le permita disponer de un pesebre sucio y una pocilga donde alojarse.

Hay que ir al campo para conocer la miseria de los obreros, y, como contraste brutal, las lujosas mansiones de los patronos pudientes, de los señoritos, vagos y viciosos, por regla general.

Hay que ir al campo, jóvenes socialistas, para ver las enormes extensiones que existen sin cultivar, dedicadas a cotos de caza o a la cría de ganado bravo, y a ver que al lado de esas fincas los obreros no trabajan y no comen.

Hay que enderezar nuestros pasos para obtener cuanto antes una legislación que modifique radicalmente el sistema de propiedad, de modo que permita que los obreros del campo trabajen, coman, vistan y vivan.

Jóvenes socialistas, hay que liberar la tierra de las garras perniciosas de la aristocracia y de la plutocracia, y así habrá prosperidad en los pueblos y en las ciudades.

Acabemos con ese régimen que lo mantiene y acabaremos con la miseria que sufren nuestros hermanos del agro.

¡Al campo! ¡Al campo!

Fermin BLAZQUEZ

La mujer y el momento político

Todos los momentos de los pueblos tienen un matiz de trascendencia histórica. Hay algunos que deciden o regimenes y en los que se movieron batalla entre la tradición envejecida y caduca y el progreso pujante y renovador. Pero la tradición añosa y arraigada, aunque el arado al roturar la tierra haya desenterrado las raíces, exige un esfuerzo conjunto para ser derribada. Ese esfuerzo se produce por los estados de opinión. Y ahora, en que por igual se consciente este derecho al hombre y a la mujer, justo es que ella se haga también la más comprensiva, la más sensible, la que perciba las facetas más emotivas y típicas en el planteamiento de los problemas. La mujer tiene un cúmulo grande de deberes unidos a sus derechos en el campo político. Pero en la política histórica ese papel adquiere marcadísimo relieve.

Uno de esos momentos de crisis honda es el que está atravesando España. Lo dan la aristocracia dividida, el clero totalmente escindido en dos sectores, el ejército desorganizado y sin la fuerza de su cohesión ideológica; lo dan los intelectuales agrupándose sin excepción; lo dan los estudiantes, en los que la raya profunda de la escisión ideológica se ha acentuado con las actuales circunstancias; lo da la clase media, en la que quedan, de un lado, los pacíficos y morigerados que se venden por un sueldo sin ulteriores preocupaciones, y de otro, los que han sentido latir una inquietud y una rebeldía; lo dan las grandes masas proletarias, que llegan de la oficina hasta el taller, en un casi unánime modo de sentir.

¿Podría faltar en todos estos factores la mujer? Sería un absurdo. Y la mujer, que hasta aquí sólo ha podido dejar oír a un sector de opinión por boca de aquellas famosas «concejales» y «asambleístas» de la dictadura; la mujer, que se ha visto ridículamente expresada, contra su voluntad, en un sinnúmero de agrupaciones que pretendían ostentar cada una la representación de la clase femenina española, aparece hoy sufriendo una más honda crisis. Necesitamos mostrar claramente cómo su conciencia evoluciona y se transforma al ponerse en contacto con lo universal. Porque la más honda revolución es la que se opera en las conciencias, y lo más útil, justo y legítimo en estos momentos es poner a la mujer española en contacto con el mundo y, por consiguiente, con las conquistas de la democracia. Las monarquías, salvo las escasas excepciones que subsisten, gracias a su espíritu de transigencia y a su anulación en sentido directivo, se han hecho incompatibles con las mínimas reclamaciones de los derechos del hombre. Mucho más habrían de hacerse entre nosotros, socialistas, con esas otras declaraciones que encabezaba Lenin con la frase: «Los derechos de los proletarios.»

Las mujeres españolas tienen que aprender, pues, que, teóricamente, las monarquías son hoy una institución que, ha perdido su fuerza vital, y llas honrosas excepciones, la representación más genuina de la tiranía y de la oposición a la voluntad nacional.

Y las mujeres españolas, particularmente, deben saber que por la monarquía se desangró España en la pérdida de las colonias; que por la monarquía se ven hoy imposibilitadas de subsistir con el exiguo jornal o sueldo de sus compañeros; que por la monarquía han muerto sus hijos, más que por la lucha con los moros, por las órdenes que, emanando de ella, condenaron irremisiblemente a una muerte vergonzosa a miles y miles de jóvenes. Deben saberlo todo. Porque como mujeres, como esposas y como madres, todas nosotras, como todos los españoles, aun los que parecen en la actualidad más adictos, tenemos una cuenta que saldará con la monarquía. Las mujeres que hoy ya no se asustan al oír hablar de revolución; que pasan entre los caballos de los guardias y soldados que ocupan militarmente las calles; que acuden a las grandes masas; que protestan y toman parte en ellas; que actúan sin temor, deben aprender a hacerlo consciente y ordenadamente. A ninguna mujer proletaria, a ninguna mujer de hondo sentido de rebeldía, se la atomiza hoy con el horror al cañón. Ha cambiado el sentido de aquella nuestra heroica Agustina de Aragón. Ella actuó para defender a España de la invasión extranjera. Hoy la mujer, con el mismo espíritu de abnegación, tiene que seguir defendiendo a su patria contra una repetición de la afrentosa traición del Tercio extranjero a la península y contra una posible intervención extranjera, que la escuadra inglesa, actualmente en aguas de Gibraltar y Algeciras, con sus 140 unidades, hace presumir. Pero tienen que hacerlo con más conciencia que la valiente aragonesa. Porque aquélla, al mantenerse al pie del cañón, lo hacía creyendo defender a Fernando VII, sin conocer sus felonías. Y ésta tiene que luchar contra los de fuera y, sobre todo, y antes de que ello sobrevenga, contra el de dentro, que, siguiendo la línea marcada por sus antepasados, pero con la habilidad que da el tiempo transcurrido, pretende no ceder su poder, sino conservarlo por todos los medios posibles.

Las mujeres que perciban esa enorme cuenta que nos toca saldará con la monarquía debemos unimos al grito de ¡República y Revolución! Porque como mujeres amigas de revisar nuestras cuentas, hemos de sentir el temor de que éstas vayan siendo ya demasiadas y agoten nuestra paciencia, porque nuestra memoria es imposible. Son cuentas vitales.

HILDEGART

Del empréstito Ventosa

He aquí la segunda parte de lo que se ha dado en llamar, con excesiva indulgencia, da lamentable experiencia Calvo Sotelo. La experiencia Calvo Sotelo es, ciertamente, una experiencia, sólo que bastante más que lamentable. Ella costó a la nación española la respetable suma de 455 millones de pesetas oro — 150 millones que existían en las cajas del Tesoro, y 305 millones procedentes del empréstito de bonos oro del Tesoro—. Esos 455 millones de pesetas oro son una plancha — ¡y qué plancha! — de plomo pesando, con su peso y el que arrastra, sobre la economía nacional. Calvo Sotelo «gastó» esa cifra en una pretendida defensa de la peseta. Queriendo defender nuestra divisa, atacada a fondo por los que están más cerca de Calvo Sotelo que de nosotros — ¡lejanía que nos honra —, el joven hacendista recurrió al crédito exterior.

Es ahora el Sr. Ventosa el que repite la experiencia, más lamentable aún que la anterior. Aquél, Calvo Sotelo, gastó — no diremos que alegremente — el oro que teníamos y algo más — un piquillo de 305 millones — que pidió a quien lo tenía. Este, el Sr. Ventosa, se dispone a gastar lo que no tenemos, pidiéndoselo... ¿a quién? ¿A los patriotas españoles que pudieran tenerlo? No. Pidiéndolo a los extranjeros, que serían patriotas de sus patrias respectivas si el oro tuviese patria, que no la tiene, a pesar de las ridículas figuras que se nos ha ido ocurriendo estampar en las monedas.

Ya es desearo el que se necesita para que un tan señalado camarada de Cambó dé un decreto asegurando que la operación se realiza con arreglo a la base 7.ª de la vigente ley de Ordenación bancaria. La tal base de tal ley — que si no recordamos mal es del mismísimo ruiseñor financiero del centrismo — dice textualmente: «El Estado, para la participación que debe tomar en la operación (a medias con el Banco), aplicará el oro

del Tesoro o el que se proporcione con los créditos QUE EL PARLAMENTO LE OTORGUE, caso de que aquél (el oro del Tesoro) sea insuficiente.»

Ya es desearo, ya, el que para eso se necesita. Y ¿cómo podríamos calificar el gesto de un ministro que concierta, a espaldas de la nación y a espaldas de sus propios compañeros en el usufructo ilegal del Poder, que concierta, decimos, una operación con el quebranto inicial para la nación de *nueve millones de pesetas de comisión y corretaje*? Y ¿qué nombres de banqueros o negociantes están por estos dos conceptos de comisión y corretaje piadosamente cubiertos.

No vamos ahora, en unas líneas, a pretender evidenciar algo de lo mucho de que adolece el régimen burgués — más que malo, defectuoso, con defectos sangrantes que se ven, que se van viendo perfectamente definidos a la luz de la Economía —. La crítica del régimen burgués se ha hecho, se hace y se hará, día a día, minuto a minuto, hasta destruir cuanto haya que destruir. Ahora no se trata sólo de eso. Hoy de lo que se trata, lo que importa en la hora actual, es decir, y decirlo muy alto para que nos oigan todos los españoles — menos esas doce docenas de sordos por conveniencia que son los seudoliberales, que no tienen ni la libertad de sonreír; los seudocconservadores, que no saben ni conservar lo que tienen, y los seudocentristas, que así se apellidan para despistar, pues su tendencia es la de recorrer las mal alumbradas calles de las afueras —, lo que importa es decir que también en un régimen burgués defectuoso cabe la honradez en el procedimiento, y que esto es lo que más estamos echando de menos.

Salvador MARBAN

La minoría socialista en el Ayuntamiento de Madrid ha conseguido:

Que se declarara lesivo el convenio que la dictadura concertó con la Compañía de Tranvías, que perjudicaba los intereses municipales.

Que se votaran 250.000 pesetas para socorrer a los obreros parados.

Que se instalaran cantinas y roperos en muchos Grupos escolares de Madrid.

Que se pavimentaran y urbanizaran gran cantidad de calles en el extrarradio, que se hallaban intransitables.

Que se hicieran ateneas en los intereses de Madrid.

Que se hiciera un proyecto de reorganización de servicios municipales.

Que se votaran 8.000 pesetas para las familias de las víctimas revolucionarias de los sucesos de diciembre.

Y otras muchas cosas para cuyo relato necesitamos un espacio con el que no contamos.

¡¡CAMARADAS, EN PIE!

La política oscilante del Gobierno de su majestad necesita para su recorrido un camino zigzagueante que pueda llevarle a buen puerto sin difíciles quebrantos. Es una política de incertidumbre y de debilidad. Suspende los derechos del pueblo para volverlos a conceder y volverlos a suspender. Las garantías nacionales, conseguidas a cambio del trono a los Borbones, no han sido respetadas por esta dinastía merovingia. Su política nacional, parangonada con el estado faraónico, tiene un espíritu maquiavélico mixtificado.

En un período como el actual, donde el pueblo trata de conseguir unos derechos, conquistados en todo el mundo desde el siglo XIX, los sicarios de la corona pretenden llevar a efecto una campaña de falsas promesas, como si el pueblo español no hubiese padecido las repercusiones de las sacudidas más formidables que registra la Historia contemporánea.

Sin remontarnos muy lejos, desde el año 1930, cuando el responsable de Annual, que, para mayor sarcasmo, ostenta un título rifeño, se hizo cargo del Poder, ofreció una política de pacificación, mediante consulta electoral, al país. No existe hasta la fecha ninguna garantía de que esta consulta se celebre. A la monarquía le interesa más el «tirar», que resolver su tragedia interna. Pero si en este aspecto no se da satisfacción popular, mucho menos se hace con la

aplicación de la amnistía. Con una lentitud inquisitorial se va libertando a los presos. El clamor público no es suficiente para hacer cambiar de conducta a los gobernantes del rey. Perseguidos por la justicia real, los emigrados y deportados no pueden regresar a España. Las cancellerías diplomáticas, que jamás tuvieron crédito internacional para problemas de más envergadura, pordiosean de los Gobiernos capitalistas una vida imposible para nuestros amigos y camaradas. Es preciso que esto cese. Es necesario que todos los perseguidos por el despotismo absolutista regresen a nuestro lado para concluir la obra revolucionaria iniciada por la corona en 1923.

Es menester que las cárceles devuelvan al pueblo sus más fieles representantes. Para conseguirlo, gritemos con todos nuestros pulmones, hasta estrechar los cimientos de la península. Pero si esto no basta, si es necesario que el veredicto público suba hasta la más alta cúspide del alcázar, demostremos que este referéndum no se parece en nada a la mascarada que hiciera el primer dictador.

¡Proletarios! Lucha sin cuartel, hasta conseguir la libertad de todos los perseguidos.

Si el Poder público se muestra sordo a nuestros deseos, hagámosle la vida imposible.

¡¡Camaradas, en pie!!

YA LO HEMOS DICHO...

En 1921 el general Silvestre concertó con el rey una operación sobre Alhucemas. En junio del mismo año, y de resultas de tal concierto, se producen los desastres de Annual, Monte Arruit, Igueriben... Viene el derrumbamiento de la Comandancia de Melilla.

13.380 jóvenes quedan destrozados en los yermos de Africa...



Las obreras del hogar

Tras de unos cuantos intentos infructuosos, se ha constituido en Madrid la primera Sociedad de resistencia de las muchachas de servir (no tenemos noticia de que exista otra en España).

Nace esta organización pujante, briosa, ofreciéndonos, como premio a nuestros esfuerzos por organizarlas, toda la intensa alegría, el sano optimismo de estas muchachas laboriosas que siempre se consideraron irredimibles y que hoy, junto a su santa rebeldía, muestran fe inquebrantable en un porvenir mejor.

¿Qué pudo ocurrir para que estas mujeres ayer temieran organizarse y hoy vengan a la Sociedad decididas a conquistar sus derechos?

Pasó algo serio, algo que impresionó a España entera y que, filtrándose en la conciencia de las muchachas de servir, les ha hecho salir de su pasividad acostumbrada. Fué aquella famosa huelga del 15 de noviembre, cuando sólo en horas se llevó a cabo el paro más grande y unánime que en Madrid se ha registrado.

Las muchachas de servir fueron las únicas que trabajaron, y en su conciencia empezó a germinar la protesta. A ellas nadie les mandó parar, no tenían la organización que diera el orden de paro; pero en su fuero interno había un resquemor, como si realmente se dieran cuenta de que hacían traición a los demás compañeros de trabajo.

—No, no — decían —, no nos volverá a ocurrir, porque todas hemos de asociarnos.

¿No es consolador, jóvenes socialistas, este surgir del pensamiento femenino, este grito de alerta de la conciencia adormecida de la mujer? Y precisamente viene a verificarse en la clase más inculta de las mujeres.

Quieren las muchachas de servir mejorar sus condiciones de vida, de trabajo; pesa mucho la cadena de esclavitud que aún arrastran, y hacen bien en querer romperla y para siempre.

Sin embargo, no fueron las mejoras económicas y sociales, tan ansiadas, lo que las trajo a la organización. Fué un sentimiento espontáneo de solidaridad y compañerismo. Esto es, verdaderamente, una esperanza.

No bien se dió la noticia de que las muchachas de servir querían sindicarse, y ya cayeron sobre ellas, sus propósitos y la naciente organización toda suerte de improperios, amenazas y burlas de la prensa reaccionaria de toda España y de muchas seudo-intelectuales que, siendo ellas unas trabajadoras, se han puesto de parte de las señoras, y hasta por la radio indican a las amas de casa los medios para defenderse de las muchachas de servir y aun para prescindir de ellas.

¡Qué injusticia y qué bochorno — si un día llegan a tener conciencia — para estas intelectuales de ocasión! No han protestado nunca de las interminables jornadas de trabajo de las sirvientas; no se han indignado contra los atropellos que esa gama de señoritos sin vergüenza y sin dignidad — pero con mucho dinero — cometieron con infinidad de muchachitas desamparadas, que, por el hecho de ser mujeres a su servicio en su propio hogar, debieron respetar como algo sagrado, y que, por el contrario, es la causa de que las obreras del servicio doméstico den tan gran contingente a la prostitución.

Mas para el rico, para el amo, todo

es lícito, según entienden estas señoritas cultas, cristianísimas; para el pobre, para el trabajador, sólo se le debe permitir que trabaje y calle.

¿Qué mal andan de noticias estas escritoras a sueldo de la burguesía!

¿Qué poco ven y qué mal se asimilan los aires de renovación que corren por otros países que ellas frecuentan tanto! ¿Qué lástima de dinero y de tiempo empleados en instruir a mentalidades tan mezquinas y tan estrechas de mollera! Amenazan a las sirvientas, mediante el empleo de los procedimientos modernos de limpieza, de utensilios de cocina, de gas, electricidad, etc. Por lo visto, lo que ellas no han comprendido es que las señoras tienen que recurrir a todos esos procedimientos porque las muchachas ya no quieren ser criadas y prefieren ir a la fábrica, al taller, y ser independientes, libres, sin esa domesticidad que las señoras han impuesto siempre a quienes les han prestado tan señalados y penosos servicios.

No hay que temer, por ahora, en España que las señoras prescindan de las criadas; son demasiado inútiles unas, y otras las necesitan porque ellas también trabajan. Lo que hay que temer es a los enemigos, tan poderosos, que han de encontrar las muchachas en la lucha entablada para conseguir un régimen de trabajo más humano. El peor enemigo es su propia ignorancia.

Por esta razón nos dirigimos a los jóvenes socialistas de toda España para que presten su concurso, que ha de ser muy eficaz. A Madrid vienen muchachas de todas las regiones; es preciso que vengan ya con la idea de la organización. Además, la Asociación de Obreras del Hogar aspira a ser un Sindicato nacional, y es preciso crear Secciones en todas las poblaciones en que haya número para poderlo llevar a cabo, y donde esto no se pueda, reunirlos en Oficinas Varios, e ir preparando su conciencia para la conquista del porvenir. Queremos que los beneficios que se han de obtener por medio de la Casa-Hogar, que se ha de fundar en Madrid, puedan alcanzar a todas las sirvientas de España. Para esto es preciso pertenecer a esta Asociación.

A los jóvenes os sobran arrestos y energías para acometer esta obra de regeneración de las mujeres sirvientas, hijas en su inmensa mayoría de los obreros campesinos, que son también, como ellas, los más bárbaramente explotados. Hay que organizar a todos los campesinos y hay que organizar a las sirvientas. En la sociedad futura harán falta economistas orientados en sentido cooperativo, y también será preciso tener organizado al obrero del campo, el productor, con vistas al colectivismo, y también harán falta mujeres prácticas en las labores del hogar. Las sirvientas de las señoras inútiles de hoy serán mañana las auxiliares eficacísimas de las mujeres que dediquen su capacidad y actividades a otros menesteres también necesarios en la vida.

Jóvenes socialistas: Laborar por la redención de las muchachas de servir es trabajar por nuestra propia redención y por el establecimiento de una sociedad verdaderamente civilizada.

Ya lo hemos dicho otras veces: Mezquina será la civilización que no acierte a liberar a la mujer de su odiosa esclavitud.

Claudina GARCIA

Inglaterra mandó al cadalso a uno de sus reyes.
Francia mandó al patíbulo a uno de sus monarcas.

HAY QUE REPETIRLO

Los responsables de este desastre aún viven. Silvestre murió. Pero ahí está quien concertó con él la operación sobre Alhucemas. Y ahí está Berenguer. Ambos formando un dúo trágico y sangriento para España.

A pesar de todo, algún día no lejano purgarán sus responsabilidades...



movimiento juvenil

¡ESTUDIANTES!

En los momentos que estamos viviendo, inquietos y azarosos como de una verdadera revolución civil, destacan, sin duda alguna, los estudiantes. La mocedad estudiosa ha sido siempre atractiva por su franco bullicio, por su espontaneidad y sus resueltas actitudes. Pero lo que en otro tiempo pudo consentirse y aun ser cualidad apreciable, hoy debe ser sujeto a revisión y a crítica. Nadie dudará de que la época que transcurre es fundamentalmente revisionista de personas y de valores. Es una época de crisis.

Los primeros estudiantes que al organizarse en las filas de la F. U. E. hubieron de vivir, con la primera dictadura española, un anhelo de liberación, creyeron regenerar a España con una de las más terribles plagas de la Humanidad: el apoliticismo. Asqueados del contacto de la política, mejor aún, presintiendo la oculta bajo las apariencias de una falsa legalidad, no creían posible que pudiera existir una política sana, consciente, moral y legítimamente rebelde. No tenían en cuenta que por encima de las mixtificaciones existentes la política verdad «no podría dar un paso sin haber rendido homenaje a la moral». Identificaron el término política al de inmoralidad y de chanchullo, y en la duda de adoptar una posición definida, optaron por la abstención, esa fórmula que muchos aceptan como algo definitivo, y que es, sin embargo, un arma de doble filo, que, si puede conducir al triunfo, hace vencidos de los vencedores al destruirles sus más íntimas fuerzas y convicciones. Y apoliticismo fue la bandera de los primeros grupos estudiantiles.

Maestros tan queridos de todos nosotros como Jiménez de Asúa iniciaron entonces una generosa campaña, que tendió a destruir esa convicción, a infiltrar la confianza en las masas estudiantiles. «Apoliticismo, no — decía D. Luis —. Política; pero política nueva.» Y de este modo entraron los estudiantes en el nuevo terreno, hasta entonces ignorado. Pero, a partir de ese momento, se destaca en ellos un error de perspectiva. Un tanto egotísticos en su pensar, excesivamente confiados en el valor de sus fuerzas, juzgaron que era tan sólo «su» política una política totalmente nueva, radicalísima y sin acertada visión de la realidad, la que podría redimir a España. Y empezó en las Universidades a germinar y a extenderse una verdadera generación de radicales. Arma de doble filo también. El radicalismo es la cualidad más apreciable de la juventud, sin duda alguna. Pero el radicalismo lleva a la impaciencia, y la impaciencia, al provocar explosiones de opinión, agota las reservas juveniles y lanza a la lucha sin medida de las fuerzas enemigas ni de las posibilidades de triunfo.

Están en crisis, sin duda alguna, los viejos conceptos del liberalismo clásico que en un tiempo hubieron de inspirar a nuestros republicanos.

Es lo cierto que hoy el contenido republicano quiere matizarse de ideas y programas más avanzados y que intenten resolver los problemas económicos de los pueblos, los más graves y, por lo mismo, los más delicados.

Los estudiantes no deben, no pueden permanecer ajenos a estas an-

sias. Pero para ello es indispensable serenidad, y no alboroto; reflexión, y no impaciencia. Estos conceptos, que en un tiempo fueron conservadores, hoy son los más legítimamente revolucionarios. Cicerón definía el orden «como el respeto a la ley, que es la única libertad». Y si precisamente por faltar a ese orden ha llegado la monarquía a una situación tan vergonzosa, por lo degradada, como la actual; si por faltar a ese orden llegan a provocaciones, con las que pretenden aminorar nuestras fuerzas, nosotros debemos erigirnos en fieles guardadores de ese orden conculcado. Para vencer en la gran lucha vital que a España se le avecina, es indispensable vencernos a nosotros mismos, a nuestras pasiones y a nuestros radicalismos. Seremos hombres de orden, porque iremos a estructurar un estado de derecho. Nosotros, los estudiantes, seremos su fuerza de choque, el elemento de lucha. Pero pensaríamos mal de un ejército en el que cada uno de sus cuerpos actuara separada e indisciplinadamente. Hace falta infiltrar en el estudiante el concepto proletario de disciplina y serenidad. Apoliticismo, no; radicalismo e impaciencia, no. Serenidad para la lucha. Reflexión para el triunfo.

¡Jóvenes estudiantes! ¡A preocuparse de los problemas de España, viéndolos con toda su indiscutible gravedad, porque lo que en España pasa no son escenas de sainete, sino de tragedia! ¡A ocupar nuestros puestos en la lucha, en el frente! ¡A defender con todas nuestras fuerzas la candidatura republicanosocialista, que representa el triunfo de ese régimen tan ansiado! Pero sin lanzarnos ni un minuto antes ni un minuto después. Que al alcanzar la victoria definitiva podamos ofrecerle al nuevo régimen un conglomerado juvenil activo y disciplinado, que sea uno de sus más firmes sostenes.

RUMORES

Nosotros habíamos creído que no habría elecciones. Lo habíamos creído porque sabemos lo que sabe todo el mundo: que el rey no puede gobernar más que con dictadura. Con dictadura. Con dictadura. Sabíamos y sabemos que consultar la opinión nacional es hundir el régimen, y que a ello — naturalmente — no había de contribuir Alfonso XIII. En todo caso, esperábamos la explosión de las viejas manías. Porque los monárquicos españoles son de una estrategia contumaz. Gustan de repetir y repetir los mismos trucos, los trucos desacreditados, los trucos conocidos... Si para salvar al rey en 1923 hubo que conspirar, para salvarle en abril del 31 hay que conspirar también. Es, ciertamente, el único camino. Pero es un camino difícil.

Estas horas dicen que nos amenaza un fascismo alfonsoino. Mas la estrategia es preciso cuidarla con todo detalle, ¡señores del fascio borbónico! El pueblo tiene reciente su aprendizaje de guerra civil, ¡cuatro meses tan sólo! Y está dispuesto a barrer y barrer...

El ardor que en cada hora quema la pelea cívica en España quiere decir que el fascio borbónico no puede contar con nuestro Aventino.

CUADRADO

La teoría y la práctica

En los medios obreros españoles es poco conocida la teoría marxista. Y, sin embargo, vemos que la inmensa mayoría de los trabajadores organizados lo están bajo los auspicios del ideal socialista.

¿Cómo se explica esta contradicción? Muy sencillamente. Desde su constitución, tanto el Partido Socialista cuanto la Unión General de Trabajadores se han visto faltos de una colaboración desinteresada de elementos intelectuales en cantidad suficiente para poder difundir las ideas por todos los ámbitos del país. Han sido, por el contrario, en su mayor parte, los trabajadores manuales los que han tenido que ir en viaje de propaganda. Y, naturalmente, la mayoría de éstos, que sienten el Socialismo y que conocen de él los principios fundamentales, pero no con la profundidad que se requiere para exponerlos en público, tienen que limitarse a preconizar la excelencia de nuestra táctica, que ha de conducirnos a la implantación de un régimen social mucho más justo que el presente.

Y con los escasos elementos de que disponemos hemos ido formando nuestra conciencia socialista. Pero ha sido debido a que son los propios capitalistas los que, con su conducta intransigente, han ido haciendo que en los trabajadores fuera germinando el sentimiento de rebeldía contra el régimen estatuido. La práctica propia de quien ve cómo al final de un esfuerzo agotador no encuentra la remuneración precisa para poder reponer sus fuerzas es lo que determina el crecimiento de nuestros organismos.

¿Indica esto que debemos prescindir de la teoría? De ninguna manera. Sólo quiere decir que un ideal que no se inspira en un deseo ferviente de justicia, como el nuestro, está llamado a desaparecer, por muchos y muy valiosos elementos que lo patrocinan. Como igualmente pone de manifiesto que a quien alude constantemente a la teoría, pero se

le olvida aplicarla a los casos prácticos que puedan presentarse, no le siguen las masas, más atentas a realidades que a ilusiones.

Hay que difundir la doctrina marxista, que nosotros desde aquí decimos que no es un sistema filosófico rígido e inmutable en todas las épocas y circunstancias; sino que, conservando un fondo común, adquiere en cada país y en cada momento formas diversas. Lógicamente pensando, no puede hablarse en la misma forma de la concentración industrial, pongamos por ejemplo, en un país eminentemente agrario y donde los rudimentos del cultivo no han alcanzado un determinado grado de desarrollo que en aquel donde la industria ya se ha racionalizado y se producen mercancías en cantidades fabulosas.

Los trabajadores, que ya se han dado cuenta de la necesidad en que se encuentran de luchar por la conquista de un porvenir mejor, necesitan una guía que les oriente, y que no puede ser otro que el convencimiento socialista. Se necesita aprender teoría, pero de aquellos que al propio tiempo que la explican son agentes que la ejecutan, no de aquellos que, encerrados en su torre de marfil no quieren descender a cosas tan menudas como participar en la lucha diaria de los trabajadores.

La inteligencia debe aplicarse en asimilar los dolores y miserias de los trabajadores y luchar junto a ellos por modificar sus condiciones de existencia. No para considerarse seres superiores que sólo valen para censurar los actos del proletariado, sin que le presten su concurso, usando, cuando más, su puesto en la organización como escalón para más altos cargos.

Pero el proletariado lo conoce y no vacila ni se considera en inferioridad de condiciones cuando se trata de defender sus intereses, eliminando a quienes se introducen en sus filas con ánimo perturbativo.

RED

Es preciso que en todos los Ayuntamientos de España haya representación socialista, porque sólo el Socialismo puede administrar honradamente los intereses del pueblo.

¿Es que los Municipios tienen organizada la asistencia social?

¿Es que los Municipios han resuelto el problema escolar?

¿Es que los Municipios han llegado a la municipalización de los servicios públicos?

¿Es que los Municipios tienen bien organizados los servicios de abastecimiento de la ciudad?

Los Municipios españoles no tienen nada de esto porque en ellos ha dominado siempre la burguesía.

El día en que domine el Socialismo, esos problemas se hallarán resueltos.

Papel para envolturas

Un grupo de necios, malos escritores y peores dibujantes ha lanzado a la calle un periódico que se titula pomposamente «La Conquista del Estado». Le conocerán nuestros lectores, porque ha tenido muy buena acogida. Se vende mucho, hasta el punto de que una acreditada tienda de ultramarinos se ha suscrito a un gran número de ejemplares a bajo precio, con los que envuelve los comestibles que al público expende. Y también tenemos entendido que todas las fruterías madrileñas van a emplear tal periódico, exclusivamente para el mismo objeto que la tienda de ultramarinos mencionada. Ha sido, pues, estruendoso el éxito obtenido por «La Conquista del Estado».

No esperábamos menos nosotros, conociendo a los distinguidos señores que forman parte de la Redacción de tan distinguido periódico. Sí, porque los conocemos. Parece raro, ¿verdad? Claro..., como no los conoce nadie... Pero nosotros sí los conocemos. A algunos, demasiado. Y si no, que se lo pregunten a Mateos, ese señor que ilustra las páginas de «La conquista del Estado» con truculentos dibujos. ¿Verdad que le conocemos, ex amigo Mateos?

El resto de los redactores no son tan amigos nuestros. Pero, ¡qué caray!, los conocemos, y podríamos hablar de cada uno de ellos algo. Mas eso sería hacerles una propaganda que no necesitan, porque con dicho periódico envuelven ya las cosas mu-

cha gente. Y eso es lo que importa a los que lo hacen. Al menos a Giménez Caballero, que ya posee otra revista, muy indicada también para servir de envoltorio: «La Gaceta Literaria», que tiene mucho de gaceta y poco de literaria.

Además de las consabidas tiendas y fruterías, se han suscrito a «La Conquista del Estado» dos o tres jóvenes albiñanistas. No es extraño. El periódico es fascista. Y aunque lo dirigen y lo hacen arribistas, dos de los cuales ya hemos citado, está hecho bajo la advocación espiritual del Dr. Albiñana.

Después de todo esto, no extraña a nadie que no encomiemos las delicias que ofrece la lectura de tan original periódico.

Es el último grito del snobismo que padece ese... pobre hombre que se llama Giménez Caballero.

A un cierto grado de su desenvolvimiento, las fuerzas productivas de la sociedad se hallan en contradicción con las relaciones de producción existentes. Estas relaciones, que constituían la forma de desenvolvimiento de las fuerzas productivas, se convierten en obstáculos para las mismas. Entonces, la revolución sobreviene.

CARLOS MARX



«Cómo vivimos y cómo debíamos vivir», por W. Morris.

Un estímulo es la obra de W. Morris. Estímulo para los que tenemos que comprender, con la injusticia de la actual organización de la sociedad, la urgente necesidad de una mejor. El verdadero y hondo sentido del término «evolución» nos demuestra que esta palabra — en los más de los casos tomada como bandera por unos cuantos «insatisfechos» de radicalismo — tiene una trascendencia social mayor que la que pueda desprenderse de sus letras. No abandona, pues, William Morris este término; por el contrario, lo hace más ostensible, incluyéndolo con todos los honores al iniciar su libro como un anticipo de lo que en él haremos de aprender. Porque eso es la pequeña obra de W. Morris: un claro y cristalino manual de enseñanza.

El juicio de Morris sobre la sociedad actual se sintetiza en su frase «un estado de guerra», que justifica, con la competencia de las naciones, la de los organizadores del trabajo o grandes razones sociales y la de los propios individuos, verdaderas «marionetas» movidas por los hilos de ese grandioso y absurdo tejido que es la complicada organización presente de la sociedad.

Frente a cada uno de estos tres puntos, magistralmente tratados con sobriedad, pero con tintas veraces, el autor ofrece las tres esperanzas de paz y de amistad que brinda el Socialismo; desde luego, no es esa «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», y que nos obliga a sopor-tar con la práctica moral de la re-

signación — práctica absurda y reñida con la propia naturaleza del hombre, cuyas tendencias son preferentemente al dominio y a la imposición y a la lucha —, sino una paz definitiva, asegurada por la armonía de los individuos en el desempeño de su trabajo y el equilibrio de las fuerzas sociales — capital, inteligencia y t r a b a j o — debidamente contrarrestadas.

W. Morris no estudia en su obra, muy breve para estos análisis, los medios con que esta transformación habría de llevarse a cabo. Pero nos bastan sus primeras palabras y su canto a la revolución, «cambio de base de la sociedad». Comprende Morris que la evolución no es más que un factor de necesidad presente, esto es, en tanto no se lleve a cabo la anhelada transformación, o cuando ésta se realice, para perfeccionar la obra; pero que la clave, la piedra de toque, lo único que podrá transformar esta funesta organización que nos ahorrja y somete será la revolución. Por ello la obra de Morris es fundamentalmente un acicate. Sus consecuencias son claras y reales. El hombre era en sus primeros tiempos inferior a la Naturaleza; hoy la ha hecho su sierva; pero no se ha contentado con esto, y ha sometido a esclavitud a sus propios compañeros. Frente a la actual «explotación del hombre por el hombre», Morris nos ofrece el panorama de un estado futuro. Como un acicate en la lucha, como una inyección de optimismo, es útil e interesante la lectura de esta obra de espíritu hondamente socialista, porque es también hondamente revolucionario.

El ambiente republicano y las elecciones

Estamos viviendo en España momentos de intensa emoción. El sentimiento popular álzase, unido y disciplinado, para pedir la implantación de la República. Jamás ha visto en pueblo alguno un deseo tan grande de conseguir un cambio de las instituciones políticas. El entusiasmo republicano es formidable. Dispuestos a buscar comparación, sólo nos acordamos de la exaltación de ánimos existente en vísperas de la Gran Guerra en los pueblos beligerantes.

Lo mismo que entonces se produjo la terrible catástrofe europea porque todos los pueblos sentían la ambición de dominar al enemigo, hoy se implantará oficialmente la República en España porque constituye la aspiración más inmediata de todo el país. Esto es, precisamente, lo único que debemos agradecer de toda la obra realizada durante siete años y pico por hombres mucho más famosos que los «Siete Niños de Ecija». Lo que hubiera costado un rudo trabajo de muchos años a las organizaciones republicanas y socialistas, consiguió la dictadura en sus siete años inolvidables de «veraneo». Cuando el índice real indicó al dictador el camino de París, de la misma forma que antes le había indicado otros caminos, la gran obra de espallar la conciencia antimonárquica estaba ya realizada. Por una paradoja, de las que tan frecuentemente se dan en la vida política de los Gobiernos de la monarquía, la dictadura ofreció resultados completamente opuestos a los que la inspiraron. Era lógico. ¿A qué vino la dictadura? Según ella misma, vino a suprimir el caciquismo y los viejos políticos. Hora es de que se diga y se repita la verdad. Eso fué un ardido. Los caciques engrosaron las filas de la U. P. — ahora U. M. —, y los políticos viejos, sin dignidad, cuando hubo necesidad, volvieron a ser lacayos y fieles servidores del monarca que no respetó su juramento.

La dictadura vino, como nadie ignora, a impedir que se pudieran exigir las responsabilidades de Annual. El régimen no estaba limpio de ellas, como no lo está hoy tampoco de la ruina nacional. Como no lo está hoy tampoco de que fueran atropellados los deberes y derechos de los ciudadanos. Como no lo está de que se persiguiera y desterrara a los hombres más dignos. Y es bueno que recordemos para nosotros mismos, en estos momentos llenos de vida por que cruza España, uno a uno todos los hechos de la dictadura. Es preciso que a la vista de los hechos todos los hombres se decidan a intervenir en la política nacional con un criterio renovador y revolucionario. Hay que renovar los sistemas políticos. Hay que revolucionar el espíritu de los ciudadanos. De ello depende el hundimiento de España o su resurgir salvador. La monarquía es el obstáculo.

Las elecciones que se van a celebrar el domingo son, como muy bien se ha dicho ya, un plebiscito contra el rey, un plebiscito contra el actual estado de cosas. Los hombres honrados y conscientes votarán la candidatura republicanosocialista. Y en estos días, que se rumorea el advenimiento de una dictadura fascista, sus votos irán como una flecha, además de por la amnistía y la República, contra ese propósito funesto de las altas clases.

Sabemos que el «pucherazo» está al orden del día, y no podemos tener locas esperanzas en el resultado. Pero sea como fuere, el triunfo es de la República. Si por los abusos del Gobierno y del resto de las autoridades y caciques los monárquicos sacaran mayoría, cosa que es muy difícil, a pesar de todo, entonces tenemos la esperanza de que el pueblo en masa se levantará para barrer violentamente a los protagonistas de tanta inmoralidad.

Los ciudadanos todos votarán la candidatura republicanosocialista por dos razones. Primera, porque conocen y aborrecen la obra de la monarquía. Segunda, porque no ignoran que la juventud, sin excepción, está por la República y por el Socialismo.

El domingo pasará a la Historia como una jornada interesante. ¡Ciudadanos: Según os portéis así os juzgarán las nuevas generaciones! ¡A demostrar que no sois esclavos del absolutismo monárquico!

Ovidio SALCEDO

A LA JUVENTUD

Ya es hora de que todo joven que piense en la emancipación del proletariado vaya alistándose, para descubrir el velo que le cubre su cerebro, y venga a ingresar en nuestras filas socialistas, único centro de organización para todos los hombres que quieren el bien de una clase tan explotada.

La Juventud es la base principal que deben tomar todos aquellos que sientan una idea avanzada y se interesen por el derrumbamiento de esa política rastrea y malsana que propagan aquellos que no quieren nada provechoso y sí encaminar a España al precipicio más hondo y peligroso. Jóvenes, no os detengáis un instante: A ingresar en las Juventudes Socialistas. Mandad vuestra adhesión a la Federación Nacional, Carranza, 20, Madrid.

Montilla.

José LUCENA

El poder de los reyes está fundado sobre la razón y sobre la locura del pueblo, y más aún sobre la locura. — PASCAL

Y luego dicen que los españoles no tenemos nada que aprender de los extranjeros.

¡Ni na..., ni na..., ni na...!



RENOVACIÓN

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

DEL MOMENTO

DE CARA AL PORVENIR

El actual período por que atraviesa España será registrado por la Historia como uno de los más interesantísimos desde su sometimiento al régimen de Austrias y Borbones. Pocos fueron los momentos en que, en un acceso de rebeldía, las fuerzas populares iniciaron un levantamiento contra el poderío ilegal de un reinado feudal. Falta de decisión y carencia de sentimientos políticos determinaron el proceso deprimente que el pueblo español arrastró consigo hasta el año 1923. Ya en aquella época hubieron de registrarse las tragedias vergonzosas en los campos africanos, que enervaron las conciencias populares. Fué el Partido Socialista, con su actuación revolucionaria, quien enfocó admirablemente las responsabilidades de la corona. Como consecuencia inmediata se señalaron por primera vez los casos concretos que habían de sancionarse. Los clamores del pueblo mantenían viva su petición de justicia. El alto mando, con el rey a la cabeza, habría de responder ante el país de la sangre vertida en Marruecos por ostentar un falso prestigio internacional.

El dilema era claro y concreto: España entera marchaba hacia la revolución, si antes no se oponía a la justicia pública una dictadura militar. ¿Era posible que el pueblo soportase, inconscientemente, la tiranía reaccionaria de un régimen en descomposición?

Los partidos burgueses fueron vencidos; la pequeña burguesía, militante en el republicanismo, vivía dando bandazos, sin rumbo ni orientación; sólo el proletariado, en una actitud firme y resuelta, auscultaba serenamente las pulsaciones en decadencia de la monarquía.

En el oportuno momento que la clase trabajadora señaló su disposición a un ataque a fondo contra el régimen absolutista, todos los elementos republicanos coincidieron en acelerar el desmoronamiento de la monarquía, para dar paso a un régimen más democrático, aunque dentro de su instauración burguesa no se llenasen los anhelos del país, representados por la clase trabajadora.

El asalto a los Poderes ilegalmente constituidos no tuvo la fortuna de triunfar; pero quedó señalado el avance dentro del ambiente revolucionario, que nos hace pensar con todo entusiasmo en el hundimiento de un Estado ruinoso, que lleva consigo la desesperación de los trabajadores, enfangados en su miserable situación.

Que salga de las urnas

la orden de liberación de los presos políticos y sociales.

PELICULAS

CUATRO DE INFANTERIA

Para la burguesía no existe más que su clase; vida placida y tranquila, sin quebrantos ni amarguras; satisfechos con buenos festines y pacíficas digestiones. Su alimento espiritual es también sencillo y simple, sin complicaciones perjudiciales que hagan trabajar al cerebro. Así, cuando se descubren nuevas formas de recreo, se asimilan a su gusto el fruto preferido. En el teatro como en la literatura, en el cine como en el radio, predomina el amaneramiento burgués. Todas las manifestaciones del arte y la ciencia acusan un sabor que se nos quiere infiltrar violentamente.

La catástrofe europea del año 1914 abrió un paréntesis, interrumpiendo la tradición. Los hombres de la guerra, cuyo espíritu revolucionario fué cristalizándose entre el fragor del combate, nos reflejaron a la perfección los horrores de las trincheras.

En la blancura de la pantalla desfila la tragedia patriótica de la farsa imperialista: «Cuatro de infantería». Mocetones fuertes y rollizos. El rostro rasurado. Uniformes a la medida.

Ancho paisaje, sin más obstáculos que algunos maderos envueltos en alambre espinoso. Hospitales limpios y cuidadosamente atendidos; aldeas pacíficamente abandonadas; ciudades de vida normal; caras femeninas que pueden representar cualquier cosa menos miseria y dolor. Y vuelta al frente. Y dieciocho me-

Y llegamos al momento actual. A una reacción regresiva surge una oposición progresiva. El pueblo se levanta y se pone frente del poder real; el proletariado encabeza el movimiento como vanguardia revolucionaria y presta su fuerza invencible para llegar hasta el fin. Surgen de todas partes jóvenes decididos, de la clase trabajadora y de la clase estudiantil; espíritus firmes y seguros, educados en las nuevas corrientes modernas, saturados de la libertad que renace con albores relumbrantes; las nuevas generaciones aprecian en toda su intensidad las diferentes facetas en que se mueve España.

Los jóvenes trabajadores aparecen al frente de los Sindicatos con concepciones audaces y fórmulas decisivas. Los jóvenes estudiantes se organizan frente a las viejas normas y a la escolástica burguesa. Por todas partes surgen elementos nuevos, jóvenes en ideas; el arte y la ciencia, el cerebro y el músculo se encuentran representados en nuestra juventud. Diríamos que ante la España que agoniza surge la otra España, la España fundida en el crisol radiante de juventud, pero no una juventud anquilosada y paupérrima, sino una juventud vigorosa y revolucionaria. Juventud fresca y alborozada que pone toda su fuerza e inteligencia al servicio de la revolución. Porque España atraviesa, interna y externamente, el período revolucionario más grande de toda su historia. Porque mientras las leyes burguesas quieren marcar un retroceso moral y material en nuestra vida, las nuevas generaciones saltan por encima de estos prejuicios, siguiendo el ritmo internacional.

No importan las sanciones ni los Códigos, las leyes ni las tradiciones. La juventud, con la audacia que la caracteriza, señala nuevas normas y ejerce nuevas costumbres, privada y políticamente. Toda la obra coercitiva de los Poderes públicos, todas las imposiciones de la catequesis, han sido violadas; las timideces burguesas y las fórmulas anticuadas son innecesarias a la nueva juventud.

¿Qué creía el capitalismo internacional, que el sacrificio juvenil de otras generaciones iba a resultar inútil? Pues no. He aquí un ejemplo. En el fondo de la España negra resalta con claridad meridiana el horizonte de un porvenir. Esta es la verdadera juventud, la que piensa y discurre en el presente y para el futuro.

la que tomó como enseñanzas provechosas tristes episodios de sucesos anteriores.

Esta juventud, alma y vida de la revolución naciente, lleva en sí un compromiso adquirido. El compromiso ideal de una revolución absoluta, revolución conseguida a medias por la revolución de los espíritus. Por eso nuestra fe es inquebrantable; es el resultado de un proceso inexorable, que tendrá su término como todo fenómeno físico. No importan las trabas artificiales de una impotencia legalizada; no importa la fuerza cuando ésta carece de todo principio de derecho; no importa la forma cuando el contenido no es substancial.

Pese a todo intento, pese a toda imposición, la revolución española está en marcha; cuanto más tarde en consolidarse, tanto más profundas serán sus raíces. La generación actual se encuentra enrolada a su desenvolvimiento. Un poco más, y las apetencias contenidas de la España que reurge invadirán Europa. ¿Quién sabe si en estos momentos históricos no se está cristalizando una nueva civilización!

Carlos HERNANDEZ



Que salga de las urnas

la venganza de la sangre generosa de los fusilados de Jaca.

SEMANA SANTA

Se ha celebrado la Semana Santa como en años anteriores. Se había rumoreado que no la habría por temor a las iras de los impíos. En España ya se tiene temor a estas iras.

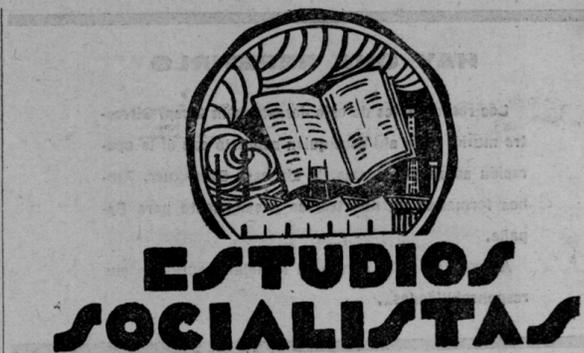
Quizá por ello en Madrid no tuvo la fiesta la animación de otros años. El que más y el que menos se han sorprendido de que en las procesiones no ocurriera nada. Y es que esa gente, timorata, que creyó truculencias, que tiembla de horror cuando oye hablar del comunismo, y que hasta a la misma República teme, no nos conoce, no sabe lo que los impíos — valga la frase — somos. Nos creen monstruos con siete cabezas, escamas de acero y cola que voltea al aire amenazadora.

Se figuran que rugimos atronadoramente. Y no somos eso. Somos hombres. Más hombres por ser impíos. Nos honramos siéndolo. Y, además, tenemos una gran bondad. Pero bondad de la que tienen los hombres que desean una justicia social y luchan por ella, no bondad de la que tienen los que temen a Dios, que más que bondad es concupiscencia e hipocresía. Por eso nos ha dolido mucho esta Semana Santa ver desfilar por la calle a los representantes de Dios cargados con imágenes cubiertas por tesoros en pedería, y eso mientras de Andalucía llegaba el eco del lamento de los que se mueren de hambre.

Nuestra bondad no es esa. Queremos esas joyas para dar de comer a los campesinos y a los obreros hambrientos. Pero no nos apoderaremos de ellas terroríficamente, porque serán los mismos proletarios del campo y de la ciudad los que, un día de revolución social, entrarán en las iglesias a tomar esas joyas, para dar de comer a sus hijos.

Hoy, esas procesiones de Semana Santa, insultantes de riqueza improductiva, son un sarcasmo hiriente de la España que agoniza contra la España nueva, libre de temores religiosos, que ha de crear el Socialismo.

Si sois hijos de un asalariado; obrero, empleado, trabajador agrícola, vuestro destino es, salvo casualidad providencial, continuar durante toda vuestra vida en la condición de asalariados. A vuestro lado, en la vecina calle, está el hijo de un propietario. Salvo circunstancias extraordinarias, será toda su vida, directa o indirectamente, un patrono. Vosotros trabajaréis para él, por la Empresa que dirige, o bien para la Empresa en la que ha colocado sus fondos y cuyos títulos guarda. Una parte del producto de vuestro trabajo servirá para sosteneros a vosotros y a vuestros familiares; pero el resto pasará a las manos del patrono en concepto de ganancias. El salario ha sido mezquino e inhumano en tanto que el patrono fué dueño de la situación, pues de esta forma acrecia a la vez sus privilegios y beneficios, y ha ido elevándose poco a poco desde que vosotros y vuestros compañeros os habéis agrupado para vuestra común defensa y el patrono ha sentido de tiempo en tiempo la amenaza de vuestra fuerza; desde que por la influencia de los pensadores y de los hombres de acción socialista la opinión pública se ha entabiado a las ideas de progreso y de equidad. Sin embargo, vuestro salario no representará jamás el valor íntegro de vuestro trabajo; siempre una parte de este valor, cualquiera que sea, será



PARA SER SOCIALISTA (Continuación)

Se es socialista a partir del momento en que se considera este hecho esencial: el patrono y el asalariado surgen uno del otro y se oponen uno al otro; al no resignarse a aceptar esto como necesario y eterno; al cesar de decir: «Bah! Esto es el orden de las cosas; siempre ha sido así, y nosotros no lo vamos a cambiar»; al considerar que este llamado orden de cosas está en flagrante contradicción con el deseo de justicia, de igualdad, de solidaridad, que vive en nosotros.

Además, ¿es verdad que esto ha sido siempre así y en todas partes? No. El esfuerzo secular de los hombres para vivir en sociedad, para explotar en común el patrimonio de las riquezas naturales, es ya conocido en la Historia bajo otras formas. El régimen de salario presentaba caracteres menos definidos en los tiempos del artesanado, del pequeño negocio y de la pequeña industria. Su generalización, al igual que sus actuales condiciones, data de los progresos del maquinismo y del desarrollo de las Sociedades anónimas de capitalistas. Ciertamente que esto es actualmente la ley común; mas esta ley no la aceptan ni nuestro pensamiento ni nuestro corazón.

Si sois hijos de un asalariado; obrero, empleado, trabajador agrícola, vuestro destino es, salvo casualidad providencial, continuar durante toda vuestra vida en la condición de asalariados. A vuestro lado, en la vecina calle, está el hijo de un propietario. Salvo circunstancias extraordinarias, será toda su vida, directa o indirectamente, un patrono. Vosotros trabajaréis para él, por la Empresa que dirige, o bien para la Empresa en la que ha colocado sus fondos y cuyos títulos guarda. Una parte del producto de vuestro trabajo servirá para sosteneros a vosotros y a vuestros familiares; pero el resto pasará a las manos del patrono en concepto de ganancias. El salario ha sido mezquino e inhumano en tanto que el patrono fué dueño de la situación, pues de esta forma acrecia a la vez sus privilegios y beneficios, y ha ido elevándose poco a poco desde que vosotros y vuestros compañeros os habéis agrupado para vuestra común defensa y el patrono ha sentido de tiempo en tiempo la amenaza de vuestra fuerza; desde que por la influencia de los pensadores y de los hombres de acción socialista la opinión pública se ha entabiado a las ideas de progreso y de equidad. Sin embargo, vuestro salario no representará jamás el valor íntegro de vuestro trabajo; siempre una parte de este valor, cualquiera que sea, será

retenida en provecho del capital que el hijo del patrono posee desde que nace y que vosotros no poseéis. Y esto sucederá durante toda su vida y en el transcurso de la vuestra. ¿Por qué razón? ¿Es justo esto? ¿Y puede durar?

¿Qué decían, hace treinta años, los hombres de la Revolución francesa? Decían lo siguiente: «Hijos de nobles, hijos de burgueses, hijos de siervos o de villanos, los hombres nacen todos libres, iguales, hechos del mismo barro, de la misma arcilla. La sociedad debe consagrar su igualdad natural. Nada de distinciones basadas en su origen, en lo que precede a su nacimiento, en lo que sea ajeno a su unidad personal...» Los hombres de la Revolución creyeron terminada su obra confundiendo todos los órdenes de la vieja sociedad; no suponían que en la sociedad moderna reaparecería la misma iniquidad en una forma menos soportable: por la formación y la distinción de clases, y que nosotros nos veríamos precisados a reanudar, después de ellos y por efecto de las nuevas modalidades de explotación, su tarea revolucionaria. Hijos de poseyentes o hijos de proletarios, los hombres nacen libres, iguales. ¿Por qué la sociedad hace distinciones entre ellos y explota el trabajo de unos en provecho de los otros?

Se nos responderá que la sociedad distribuye a cada uno de sus miembros el papel, la tarea adecuada a sus facultades; que es preciso que uno mande y que otro obedezca, que uno dirija y que otro ejecute, que uno trabaje con su cerebro y otro con sus brazos; que existe necesariamente como una jerarquía de empleos sociales, a los cuales una sociedad civilizada tiene que atender según la diferencia de aptitudes, es decir, de la inteligencia y de la cultura. Sea; es precisa la acción del hombre para todas las tareas, y sería absurdo que cada uno pretendiera dirigir a los demás. Pero ¿dónde encontraremos nosotros la seguridad de que el hijo del poseyente es más apto para dirigir que el hijo del proletario? ¿Cuándo se han puesto en parangón sus aptitudes, es decir, su inteligencia y su cultura? ¿Es el uno más instruido que el otro? ¿Es que un primer privilegio, una primera distinción arbitraria, los ha separado en el momento en que su conciencia despertaba a la vida?

León BLUM

(Continuará.)

BOICOT A LA PRENSA ALFONSINA

La política concupiscente de la monarquía española no se detiene ante nada ni ante nadie.

El Gabinete faccioso de Romanones-Berenguer ha vendido la economía nacional, si economía puede llamarse a la administración de rapiña, a nuestra hacienda, al capitalismo imperialista de los Estados Unidos. No satisfechos con este modo de comprar el descrédito en el mercado internacional, el maquiavelismo del conde le lleva a la penetración pacífica y cautelosa hacia la prensa burguesa, en oferta al mejor postor, sea éste de cualquier idea.

El asalto a la fortaleza de Urgoiti, apoderándose de su prensa para mantener esforzadamente la agonía del régimen actual, fué el comienzo de una campaña que se viene siguiendo sigilosamente.

Tras la conquista de estos fuertes desmantelados, se trata de conseguir otras posiciones en las cuales se inicien señales de desfallecimiento.

No nos arredran tales claudicaciones; al contrario, nos fortalecen, porque ello justifica claramente nuestra conducta revolucionaria, por la cual es imprescindible dar la batalla no

tan sólo a la monarquía, sino al capitalismo naciente en nuestro país, siempre presto a defender toda injusticia con tal de que sus cajas se vean repletas del vil metal.

Cuanto más intentos se hagan por hurtar al pueblo de sus órganos de defensa y expresión, más claro será éste la necesidad de acabar con tanta podredumbre. Pero en tanto llegue el momento de conquistar el Poder para el pueblo, hay que demostrar a los mercaderes del régimen su inutilidad por salvar del naufragio a la corona y a sus valedores.

Boicot a la prensa monárquica en todos sus aspectos. Boicot a la prensa indecisa que lucha por mantener sus ingresos, sin ideas ni ideales. Boicot a la prensa burguesa que ofrezca sus alabanzas al capitalismo.

Cuidense los trabajadores de su prensa. Conserven sus órganos de opinión y constituyan otros nuevos. En esta época de revisión de valores hay que destruir el sentimiento reaccionario de la prensa mercenaria. El país precisa de prensa revolucionaria y de fuerte textura moral. Por una carencia de concepción política, los rotativos hicieron a los lectores a



GRÁFICA SOCIALISTA: San Bernardo, 92.

TODOS LOS DIAS LEED "EL SOCIALISTA"